

# NEWSLETTER

EDICIÓN ESPECIAL SOBRE LA INVASIÓN A UCRANIA

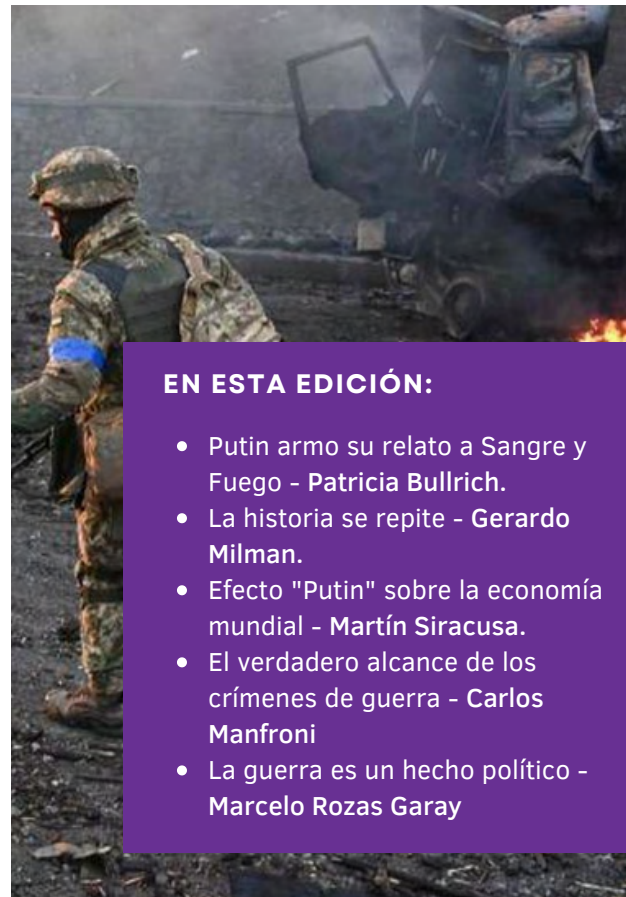


El jueves 24 de febrero de 2022 quedará en la historia como un hito que ha violado el nuevo orden mundial. Un orden fundado en la paz, la democracia y el respeto de los derechos humanos que desde 1945 no se había quebrado.

Una situación muy bien descripta por las grandes Personalidades de la Cultura Argentina cuando respondieron con un pedido de Paz frente a esta agresión a Ucrania en una muy buena síntesis del sentir nacional:

*"La invasión de Ucrania nos sitúa ante la mayor amenaza que ha vivido el mundo desde 1945, una guerra que viola las normas fundamentales del derecho internacional. Ucrania es un Estado independiente y soberano cuyo territorio ha sido agredido por un invasor que ataca a la población civil, bombardeando hospitales, maternidades y centrales nucleares con armas prohibidas, bajo el pretexto de recomponer una dudosa "comunidad de sangre". Han muerto niños indefensos y miles de ciudadanos que huyen por los supuestos corredores humanitarios.*

En esta Edición Especial de nuestro Newsletter, a partir de la recopilación de diversos artículos de nuestros integrantes, que muestran distintas miradas de esta tragedia humanitaria, queremos expresar nuestro más férreo repudio a la invasión rusa a Ucrania y nuestra solidaridad para con el pueblo ucraniano.



## EN ESTA EDICIÓN:

- Putin armo su relato a Sangre y Fuego - Patricia Bullrich.
- La historia se repite - Gerardo Milman.
- Efecto "Putin" sobre la economía mundial - Martín Siracusa.
- El verdadero alcance de los crímenes de guerra - Carlos Manfroni
- La guerra es un hecho político - Marcelo Rozas Garay

## PUTIN ARMÓ SU RELATO A SANGRE Y FUEGO



Patricia Bullrich - Para LA NACIÓN

Vladimir Putin presentó su versión de la historia de Ucrania al afirmar que el país fue siempre parte de Rusia. Esto sirve a su propósito, pero es mentira. Ucrania tiene su propia historia milenaria.

Lo que es ahora Ucrania fue una región disputada de fronteras cambiantes durante siglos, que no quedó completamente bajo el dominio ruso hasta finales del siglo XVIII, durante el reinado de Catalina la Grande, y ni entonces el Imperio Ruso pudo absorberla completamente.

Los ucranianos y los rusos son pueblos eslavos orientales emparentados, cuyos destinos - desde la invasión de los vikingos suecos que tomaron la dirección contraria al resto de sus congéneres daneses hace más de mil años - yendo hacia Rusia, Ucrania, y Bielorrusia, rusos y ucranianos se han entrelazado y separado a lo largo de la historia.

El relato falso de Putin ha iniciado una guerra en el continente europeo al invadir Ucrania. Desde que Hitler atacó a la Unión Soviética en 1941, ningún líder europeo ha cometido un acto de agresión tan brutal.

Digámoslo claramente: Putin decidió convertirse en algo parecido a un terrorista internacional, arriesgándose a poner a la gran nación rusa en la categoría de Estado paria.

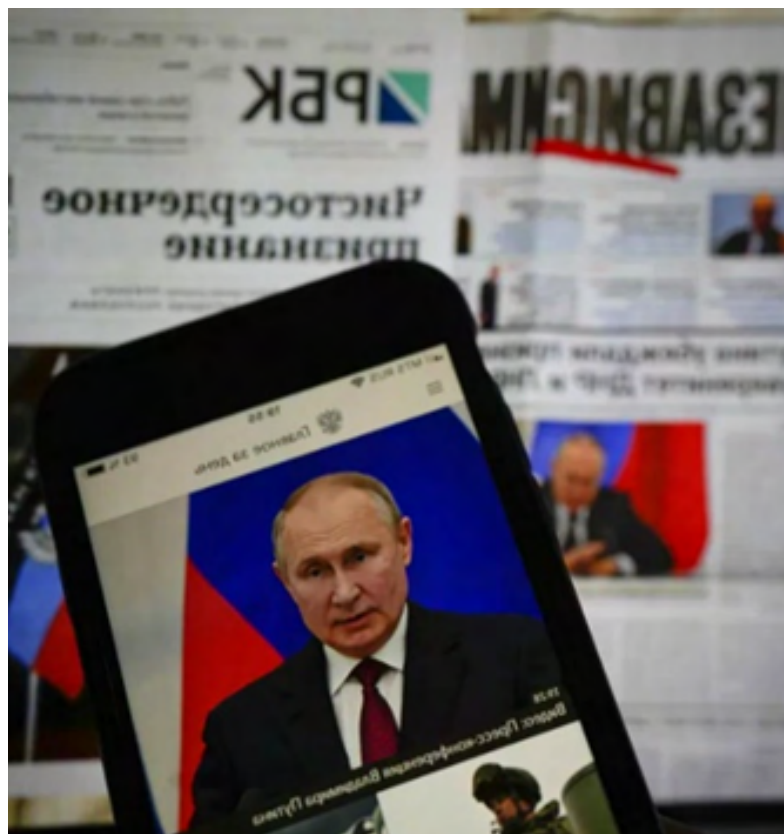
La invasión se ha puesto en marcha por tierra, aire y mar, devastando poblaciones civiles. Ucrania no es el único destinatario de este ataque salvaje. El objetivo es destruir la democracia y la libertad en Europa y el resto del mundo.

A pesar de toda la violencia que ha desatado el agresor del Kremlin, no doblegará el proverbial espíritu nacional del pueblo ucraniano. Ayudar a Ucrania es un deber ineludible. La responsabilidad histórica está definitivamente del lado de las grandes naciones de Occidente y de los líderes democráticos del mundo.

¿Qué hacer ante este colosal desorden permitido por sucesivas políticas de apaciguamiento?

Ucrania sufre hoy similares errores a los que le dieron a Adolf Hitler el tiempo necesario para convertir al nazismo en una máquina de destrucción masiva, que solo pudo ser desactivada al costo de millones de vidas y sufrimientos que llegan hasta hoy.

El primer paso es admitir el error de creer que un déspota puede ser apaciguado. Putin robó una porción de Georgia en 2008 y quienes podían hacer algo consideraron que era más cómodo ser espectadores. Líderes permisivos prefirieron mirar el saqueo como quien ve una película en plataforma streaming, apoltronados en el sillón frente a la,





tele. Luego en 2014, el dictador se apoderó de Crimea. Obama dijo entonces que Putin pagaría los platos rotos. No sucedió. La Unión Europea continuó viendo la película desde una comodidad casi suicida, hasta convertirse en rehén energético de Putin.

La prioridad urgente de la hora es lograr que el dictador pague un precio altísimo por la agresión cometida. Occidente debe darle una lección que ni él ni sus cómplices olviden jamás. Las sanciones deben ser a prueba de olvido. Ucrania debe ser asistida en todo para que pueda repeler la invasión y expulsar de su territorio al ocupante.

Así como en aquellas invasiones de Putin sobre Georgia y Crimea, el mundo y la democracia quedaron a merced de los caprichos de un autócrata que supo aprovechar la conducta indolente de Estados Unidos, viendo la indulgencia como una luz verde para la prosecución de sus planes totalitarios, hoy la OTAN

debería proveer a Ucrania de todo lo necesario para defenderse y repensar seriamente cómo mantener actualizado su poderío militar, para que sirva de disuasión a las locuras agresivas de invasores estilo Putin.

Putin se arroga el derecho de invadir Ucrania como si se tratase de una excursión turística, entonces, ¿por qué la OTAN no debería auxiliar a un país avasallado por un régimen despótico?

Las armas convencionales para destruir tanques y helicópteros son esenciales, como lo fueron en Afganistán en la década del '80 para expulsar al invasor soviético.

El 6 de enero de 1992, la Argentina fue el primer país en la región en establecer relaciones diplomáticas con Ucrania. Por ello la Argentina debe apoyar, sin medias palabras, todas las sanciones diplomáticas, económicas y militares que se dispongan.

En estos casos la neutralidad es una mentira, un recurso cínico para ocultar un favoritismo. Durante la Segunda Guerra Mundial, la Argentina fue "neutral".

En un discurso memorable en la Cámara de los Comunes, Winston Churchill denunció el encubierto favoritismo argentino por el nazismo. Dijo el entonces primer ministro inglés, en un párrafo de aquel mensaje: " No sólo los beligerantes, sino también los neutrales, encontrarán que su posición en el mundo no puede permanecer inmune al papel que han elegido jugar durante la guerra". Clarísimo.

Los "neutrales" no logran la fragilidad de memoria que envuelve a los constructores de relatos vernáculos o internacionales.

Así muchas veces, desde el 2 de agosto de 1944, los países centrales del mundo occidental ubican a la Argentina en la categoría de los "países no confiables".



A la luz de todo lo que vino después no se puede decir que Churchill, Roosevelt y otros estuviesen equivocados. Desde entonces, el país juega en Primera C, en el mejor de los casos.

Transitando aquellos errores del pasado, nuevamente el presidente Fernández lleva a la Argentina al borde de este precipicio, tomado de una mano por Putin y de la otra por Xi Jinping, que ordenó sobrevuelos de aviones de combate caza sobre Taiwán, a la espera del éxito de su colega invasor ruso.

Fernández debe parar cualquier intento de ser la puerta de entrada de Putin a la región y dejar de alentar el asentamiento del Partido Comunista Chino, arropado en la seda que solo nos lleva a la ruta de la autocracia.

Hago llegar mi solidaridad y condolencias a todas las familias de Ucrania y de Rusia por la pérdida de vidas y por el sufrimiento que les ha infligido el régimen despótico de Vladimir Putin. Como dirigente, me comprometo decididamente a alertar sobre los espantos que puedan profundizarse para que Ucrania no sufra horrores semejantes a los del Genocidio del Hambre, conocido como el Holodomor, tragedia que tuvo lugar durante los años 1932 y 1933 y que provocó la muerte por inanición de cuatro millones de ucranianos cuando Iosef Stalin era el líder supremo de la Unión Soviética.

Aquí también gritemos los demócratas del mundo: "Nunca más".

---

## LA HISTORIA SE REPITE



Gerardo Milman - Para TN Política

Gerardo Milman es diputado nacional, mano derecha de la líder del PRO, Patricia Bullrich, e hijo de inmigrantes ucranianos. Su familia materna emigró de Europa tras la Primera Guerra Mundial. Sus abuelos y tíos paternos fueron asesinados durante el nazismo. Sus padres son de un pueblo en el que las calles cambiaban de idioma de acuerdo a quién era el invasor. "La historia se repite", sostiene, sobre el ataque de Rusia contra Ucrania.

"Mi papá y mi mamá eran ucranianos. Nacieron en un pueblo en la costa del Río Dniéper, a pocos kilómetros de Kiev, pero cuando ellos nacieron estaba bajo dominio polaco", cuenta el diputado en diálogo con TN.

"Mi mamá llegó a la Argentina de niña, en el periodo de entreguerras. Mi abuelo había peleado en la Primera Guerra Mundial y se vino a la Argentina con sus tres hijos. Mi papá, cuando los alemanes invaden a Polonia en 1939, tenía 17 años y estaba enrolado en el ejército polaco. Vivían en una casa con mis tres tíos y mis abuelos", sigue.

Polonia cayó rápido. Simón Milman, el padre del diputado, se salvó, pero sus padres y sus hermanos fueron asesinados. Atravesó la Unión Soviética y llegó a El Cairo, donde continuó peleando. Tras la guerra, se fue a Palestina,





donde entonces se combatía al colonialismo británico, hasta que fue creado el Estado de Israel.

Simón se casó en primeras nupcias con una mujer y tuvo un hijo. Pero ella enfermó. Por recomendación médica viajaron en busca de mejor clima. Pasaron por Génova, y luego viajaron en buque rumbo a Sudamérica, pasando por San Pablo, y terminaron en Avellaneda. La mujer murió de cáncer.

“A mi mamá, Clara Fuks, la conoció acá en Buenos Aires. Ambos eran de la misma zona de lo que hoy es Ucrania, pero no se conocían. Mi papá decía que en su ciudad las calles cambiaban todo el tiempo de idioma, dependiendo de la invasión que había. Él hablaba siete idiomas, entre ellos, ruso, polaco, alemán y hebreo”, cuenta Gerardo Milman.

Clara Guks y Simón Milman murieron en la Argentina hace 17 y 21 años.

“Cuando yo tenía 10 años, llegó un telegrama a casa de la embajada alemana en la Argentina. Le ofrecían a mi papá muchísimo dinero en marcos alemanes, porque no existía el euro, en resarcimiento por las joyas de mi abuela. Mi papá rompió el telegrama porque dijo que la vida no se compra”, recuerda.

Al realizar el anuncio en la madrugada de este jueves, el presidente de Rusia, Vladimir Putin, justificó la invasión militar en la necesidad de una “desmilitarización y desnazificación de Ucrania”, pese a que, entre otras cosas, el presidente ucraniano, Volodímir Zelenski, es de hecho judío.

“No es un problema de etnias, es un problema de recursos. Ucrania es la primera superficie agrícola ganadera de Europa, y una enorme reserva gasífera. Es el expansionismo de Rusia. Putin es una mezcla de un zar con un premier soviético. Toda la historia de rusa fue expansionista. Es inmanente a la elite del pueblo ruso”, sostiene Milman.

El diputado nacional de Juntos por el Cambio, uno de los “duros” del PRO, cuestionó la postura que tomó el gobierno de Alberto Fernández sobre la ofensiva militar rusa en Ucrania.

“Hoy les decimos a los ciudadanos argentinos en Ucrania que escapen, cuando otros países ya lo decían hace días o semanas. Hoy, el Gobierno lanza un comunicado, pero hace diez días teníamos al presidente diciendo que íbamos a ser la entrada de Rusia a Latinoamérica”, sostiene.

“Fue todo tarde. Hay enojo, hay gusto a poco”, concluye.

## EFECTO “PUTIN” SOBRE LA ECONOMÍA MUNDIAL



Martín Siracusa - Para LA NACIÓN

La invasión de Rusia a Ucrania ha desatado un fuerte castigo sobre su propia economía. Muy a pesar de millones de rusos, especialmente jóvenes, que no apoyan el imperialismo de Putin, el castigo de los mercados sobre el país provocará años de mayor pobreza. “Todos seremos castigados por la locura de Putin y su entorno”, me confió recientemente un joven economista ruso.

La economía rusa se parece más a un otoño que a una primavera, acumulando una década de indicadores económicos opacos, estancamiento y envejecimiento de la población. De hecho, tiene menos población que en 2000. Aun con menos habitantes, su ingreso per cápita se ha estancado en los últimos 10 años, dejando atrás el despegue tras la caída del comunismo y su tasa de crecimiento es –en promedio– cero, según datos del Banco Mundial.

Las rentas del petróleo son un capítulo importante. Las exportaciones de combustibles rusos ya venían bajando antes de la pandemia. Y, por supuesto, se desplomaron con el Covid, por las fábricas cerradas y todos los vuelos cancelados. La recuperación de China en 2021 reflató el precio del petróleo. Sin embargo, Rusia pasó de quintuplicar sus exportaciones de combustible entre 2000 y 2010 a verlas derrumbarse incesantemente, como consecuencia del cambio en la matriz energética europea hacia combustibles no fósiles.

Una larga literatura económica estudia las consecuencias de la maldición que provocan las altas rentas que obtienen los países dependientes de los recursos naturales, como el gas y el petróleo. Los economistas Jeffrey Sachs y Andrew Wagner plantearon, en 1997, que la volatilidad propia de estas rentas provenientes de la exportación de recursos naturales perjudica el crecimiento económico y genera pobreza.

Tras la invasión, los mercados fueron lapidarios. La Bolsa rusa permanece cerrada tras una caída histórica en sus principales activos durante la jornada del 24 de febrero. Y tras las sanciones, el rublo ruso cayó un 30% de su valor comparado con el dólar. Especialmente, con el anuncio de la suspensión parcial del sistema de pagos internacionales Swift, que concentra 10.000.000 de operaciones diarias en todo el mundo. Ese sistema valida las transferencias internacionales de dinero y resulta fundamental para el comercio internacional. Si bien Rusia cuenta con un sistema paralelo, llamado PESA, no se trata de un sustituto perfecto, ya que el mismo sistema debe ser utilizado por ambos bancos, el que origina la transferencia y el destinatario.

¿Cómo impacta la invasión en la economía mundial? Rusia se encuentra fuertemente integrada a China a través de su comercio exterior, pero el país asiático representa un mero 15% del destino de sus exportaciones. Sin embargo, es





esencial observar que la ruptura de la integración comercial de Rusia con Occidente será el principal canal de la crisis económica doméstica, ya que Europa es el principal comprador de los productos rusos. Alemania es el segundo importador para los rusos, principalmente de automóviles y medicamentos, un dato nada menor.

El incremento de la violencia por parte de Putin parece ser más una consecuencia de la caída de su imperio que de un ascenso de Oriente. La lectura de los analistas internacionales no debe perder de vista el poder explicativo de los mercados: el dólar subió contra el oro un 15%, ganándole incluso al aumento del bitcoin. El mundo sigue confiando en Estados Unidos para refugiarse ante las crisis. En cambio, la moneda China no tuvo cambios.

## EL VERDADERO ALCANCE DE LOS CRÍMENES DE GUERRA



Carlos Manfroni - Para LA NACIÓN

Hasta que comenzó, a fines del mes pasado, la invasión de Ucrania por parte de Rusia, y desde la caída del Muro de Berlín, en 1989, creíamos que habíamos entrado en una era de paz. El desmembramiento de la Unión Soviética y, con él, la culminación de la derrota de los Estados fuertes y expansivos habían dado un respiro a la humanidad. La riqueza procedente de la innovación tecnológica y las comunicaciones habían relativizado el valor de la posesión de territorios y, además, el comercio entre naciones que poco tiempo antes eran enemigas pacificaba al mundo. Continuaban, soterradas, las batallas contra el narcotráfico y, a los ojos de todos, las acciones terroristas.

La invasión nos devolvió al siglo XX, el más sangriento de la historia conocida, y a la práctica de los crímenes de guerra.

En la televisión y en las redes, por primera vez en tiempo real, vemos bombardeos a poblaciones civiles, ataques a edificios a los que nada vincula con instalaciones militares, incluso a escuelas y hospitales, y ya comienza a hablarse de violaciones de mujeres, una práctica aberrante que se ha visto sobre todo en las tropas eslavas durante el siglo pasado. Todos esos hechos y muchos otros constituyen crímenes de guerra. La posibilidad real de que sean juzgados es una cuestión aparte, pero lo son, de acuerdo con los estatutos internacionales.

Vladimir Putin ni siquiera limitó su avance hacia las zonas de Donetsk y Lugansk, que él mismo proclamó independientes, o incluso a la franja este de Ucrania, sino que impulsó un ataque generalizado sobre todo el territorio.

Rusia integró, en octubre de 1945, por entonces como Unión Soviética, el Tribunal Militar de Núremberg, junto con





Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia, a fin de juzgar “a los principales criminales de guerra del Eje europeo” que actuaron antes y durante la Segunda Guerra Mundial. En el estatuto que firmaron las cuatro potencias se establecieron las características de los crímenes de guerra, entre ellas: “planificar, preparar, iniciar o librar guerras de agresión”, el asesinato de población civil, “la destrucción sin sentido de ciudades o pueblos o la devastación no justificada por la necesidad militar”.

En los Principios de Núremberg también se definieron los delitos de lesa humanidad, que comprendían, entre otros, los actos inhumanos cometidos contra cualquier población civil cuando fueran llevados a cabo al perpetrar un delito contra la paz o un crimen de guerra, así como la persecución racial, política o religiosa.

En el Principio IV se dispuso que “el hecho de que una persona haya actuado en cumplimiento de una orden de su gobierno o de un superior jerárquico no la exime de responsabilidad conforme al derecho internacional, si efectivamente ha tenido la posibilidad moral de esa opción”.

La “posibilidad moral” de optar por cumplir o no una orden en un régimen militar es algo bastante difícil de determinar. Las acusaciones de traición, desobediencia o desertión tienen las peores consecuencias en una estructura castrense. Sin embargo, hay casos en los que la responsabilidad del subordinado resulta evidente. Esto ocurre a diario en Ucrania, por ejemplo, en las escenas que vimos en las pantallas de un tanque que se desvió de su marcha con el propósito de aplastar a un automóvil civil –y lo hizo– o de otro que disparó con su cañón contra un vehículo particular o de quienes atacan colegios u hospitales. También, por supuesto, en los casos de violación de mujeres ucranianas u otras formas de agresión o maltrato a los pobladores de las regiones invadidas y que exceden las acciones militares. Por las acciones militares deberían responder Vladimir Putin y los generales que hayan preparado la ofensiva, algo que en los hechos dependerá de la forma en que termine el conflicto.

Tal vez, por ese motivo, el Tribunal de Núremberg dictó solo doce condenas a muerte y unas pocas a prisión, además de algunas absoluciones. Las condenas involucraban a los principales jefes nazis que cometieron u ordenaron crímenes horribles contra la población civil.

Por su lado, los Estados perjudicados iniciaron sus propios juicios. El más famoso fue el que tuvo lugar contra Adolf Eichmann en Jerusalén, capturado en la Argentina en 1960 y juzgado en Israel. Allí, después de aproximadamente un año de proceso durante el cual el acusado y los testigos prestaron extensas declaraciones, se lo condenó a muerte. Aun en este caso, se tomó especialmente en cuenta el hecho de que Eichmann había aceptado voluntariamente su ingreso en las SS y después en la SD, que se convirtió en el centro de información de la Gestapo, aunque él alegó desconocer la naturaleza de la organización en la que había entrado.

“Saber si Eichmann mentía o decía la verdad tenía cierta trascendencia en el juicio, ya que en la sentencia debía





declararse si había aceptado voluntariamente su cargo o si lo habían destinado a él sin contar con su voluntad”, cuenta textualmente Hannah Arendt en su libro *Eichmann en Jerusalén*.

Casi siempre los juicios consecuentes a la Segunda Guerra tomaron en cuenta al autor de las órdenes, las responsabilidades personales y la posibilidad real de haber desobedecido las instrucciones. No se juzgó a las personas por el solo hecho de haber pertenecido al ejército enemigo ni por haber estado en una posición pasiva en un lugar determinado. Todo esto aun cuando en el caso de la población judía de Alemania y los países ocupados, ella ni siquiera era una fuerza beligerante ni había cometido actos de agresión contra el Estado.

En el caso de Ucrania, si la política y la diplomacia de Occidente, como algunos análisis indican, no actuaron

con la prudencia y la habilidad necesarias para evitar la guerra, esto es algo que la historia analizará a corto plazo, pero, como siempre, los excesos resultan injustificables. Y en este caso los excesos son nada menos que el todo y tienen dimensión de hecatombe.

Rusia no puede situarse al margen de los estatutos en los que actuó como juez en Núremberg y, además, como señaló Hannah Arendt, incluso en esa oportunidad se le podría haber aplicado a la Unión Soviética el argumento *tu quoque* (tú también), por las matanzas que había llevado a cabo en Polonia y en su propio territorio. Esto si no fuera que para entonces ya ejercía su poder sobre la mitad de Europa.

Por otro lado, la Unión Soviética firmó el Protocolo I de los Convenios de Ginebra, que prohíbe los ataques indiscriminados, que son los que no se dirigen contra un objetivo militar específico o emplean medios que no puedan ser dirigidos a un objetivo militar específico.

El Estatuto de Roma, que creó el Tribunal Penal Internacional, fue suscripto por Rusia, que nunca lo ratificó y retiró su firma en 2016.

En 1993 se constituyó el Tribunal Internacional para la ex-Yugoslavia, bajo cuya jurisdicción fue detenido el presidente Slobodan Milosevic, en 2001. En 1994 se creó otro destinado a castigar el genocidio de Ruanda. Lamentablemente, a pesar de las atrocidades que se investigaron y condenaron en ellos, la experiencia demuestra que el juzgamiento de crímenes de guerra y delitos de lesa humanidad está determinado por la posición de fuerza con la que cada uno queda tras el final del conflicto.

## LA GUERRA ES UN HECHO POLÍTICO



Coronel(R) Marcelo Rozas Garay -  
Para Merojuris.com

La guerra es un hecho político generalmente fundado en la consecución de un interés nacional o de un interés que se asume como vulnerado y en donde el poder militar es sólo uno de los componentes a los que se recurre para la obtención del objetivo político que se persigue.

El poder militar es una herramienta enmarcada en un fenómeno mayor: la guerra que es de naturaleza cambiante y en donde las operaciones militares se suman a un conjunto de acciones diplomáticas, económicas, políticas, de inteligencia, ciberataques, entre otras, que devienen de la potencialidad, la estrategia que se decide adoptar y de la situación de cada contendiente.

Como fenómeno permanente en la historia de la humanidad, el uso de la fuerza ha sido aceptado o tolerado para dirimir disputas más allá de las sanciones que aplica la comunidad internacional, y los estados hacen uso de la fuerza para defender sus intereses nacionales o cuando está en peligro la seguridad internacional. Muchas veces clasificamos en guerras justas o injustas o identificamos agresores y agredidos, como si esta clasificación lograra restringir su uso.

Creemos que es un error estratégico concebir a la guerra como un hecho militar exclusivo ya que nos estaría impidiendo descifrar cual es el verdadero objetivo y el alcance de lo que persiguen los contendientes, debido a que el objetivo militar puede ser solo una etapa inicial, un objetivo parcial o bien una acción de distracción de los verdaderos fines de una guerra.

Karl Von Clausewitz, al describir estos fenómenos, sostenía que “La guerra es la continuación de la política por otros medios.” y que “No se inicia una guerra, o racionalmente no debería hacerse, sin preguntarse qué se pretende obtener mediante dicha confrontación y durante la misma”. De allí que siempre hay un fin político y la acción militar es parte él.

Hoy nos cuesta definir cuándo Rusia inició esta guerra; aunque si sabemos cuándo lanzó la campaña militar invadiendo Ucrania, en la que vulnera su libertad, su soberanía, su integración territorial y con acciones que deberán ser consideradas como crimen de guerra al atacar civiles. Es una guerra que no ha permitido aún a los analistas internacionales identificar su objetivo político verdadero y en donde Putin llama al ejército ucraniano, su oponente, a tomar el poder.

En un análisis propio y a partir del seguimiento del conflicto y de información pública, podemos inferir que Putin, no Rusia, persigue alguno o todos de los siguientes objetivos políticos:





- Una primera campaña como parte de una guerra contra las democracias instaladas en los países de la ex unión soviética, que le permite medir la tolerancia y la reacción del mundo occidental para luego poder avanzar o retardar el logro de su objetivo.
- Recuperar prestigio en países de la ex URSS, disciplinando a Ucrania para instalar un gobierno pro ruso. Esto le permitiría dejar un legado histórico propio a Rusia, de parte de quien aún sufre la desintegración de la ex URSS y el desprestigio que le significó el poder perdido.
- Detener el crecimiento de la OTAN hacia el Este, percibido como una amenaza a la seguridad rusa al sentirse rodeado en su propia puerta por la OTAN.
- Anexas Ucrania o parte de su territorio separatista, siendo este el menos probable debido al costo económico y militar que representaría,

convirtiéndolo en un nuevo Afganistán. Este escenario derivaría en una probable escalada hacia una guerra mayor o regional.

Respecto de las operaciones militares, me encuentro en el grupo de los que subestimaron a Putin y asumí que nos enfrentábamos a una acción militar menor, como parte de una acción disuasoria a occidente que le permitiera sentarse a negociar sus objetivos y evitar una campaña militar de la magnitud de la actual. Los hechos parecieran no darme la razón ya sea por el desconocimiento de sus verdaderos objetivos políticos o bien porque Rusia al fracasar en su estrategia híbrida, debió recurrir a una campaña militar de mayor envergadura.

Muchos sostienen que Rusia lleva adelante un tipo de guerra denominada “Híbrida”, en la que apeló inicialmente a acciones políticas, económicos, civiles y de información, incluyendo luego una etapa final militar. Quien conduce este tipo de guerra, busca crear un escenario que afecte la voluntad de luchar, lo que representa un esfuerzo militar y costo menor para el atacante. Se emplea la propaganda, la desinformación, fake news, ciberespionaje, sabotaje y terrorismo.

De haberse buscado crear tal escenario, es deducible pensar que estamos frente al fracaso ruso de esta estrategia ya que el objetivo en estas guerras es evitar campañas militares, prolongarlas o escalar el conflicto a otros actores, y esto tampoco parece no estar sucediendo.

Probablemente, la lentitud para lograrlo lo obligó a incrementar ante un enemigo ucraniano que no fue doblegado en su voluntad de luchar y resistir. A este análisis, le sumamos la posibilidad de que el fantasma de un posible fracaso militar ruso que pudiera dañar su orgullo, lo haya llevado a dar mayor alcance la operación y buscar una victoria militar contundente.

Todo pareciera indicar que la comunidad internacional no está dispuesta a tolerar la invasión rusa pero tampoco a embarcarse en una guerra global como muchos auguran, Ha demostrado poca voluntad política de enviar tropas propias al territorio ucraniano considerando ya que una escalada los llevaría a asumir grandes costos en vidas





humanas y el riesgo de una locura nuclear.

En el análisis de la probable evolución de la guerra, más allá de la invasión militar, debemos considerar que Putin ya conocía el costo económico y político que afrontaría y decidió igualmente la invasión, lo que muestra su determinación por lograr su objetivo político.

No debemos descartar que aún una victoria militar sobre las fuerzas armadas ucranianas no le garantice cumplir con sus objetivos. La voluntad de lucha de un pueblo y la adopción de métodos de combate no tradicionales juegan un rol vital y pueden revertir lo que se percibe hoy como un éxito militar inicial ruso y generarle un costo tal y no previsto al agresor que lo obligue a negociar, en donde su mayor problema será buscar una salida decorosa del conflicto que inició.

No estamos ni frente al fin de la historia ni frente al fin

de las guerras, las que podrán mutar en sus formas, pero continuarán siendo un mecanismo para defender intereses, soberanía, integridad territorial y la vida y bienes de los ciudadanos que habitan una nación. No obstante, la agresión a naciones libres debe ser condenada y tener una respuesta potente que las detenga.

Consideramos a la democracia como un valor fundamental a defender y observamos que tanto Rusia y China no ven en el respeto a ese, nuestro sistema, un condicionante para el logro de sus objetivos políticos. Tal vez enfrentamos una etapa de multipolaridad con valores diferenciados y donde la libertad quizás ha dejado de ser un valor universal para cierta región del mundo.

Al analizar a Putin y sus socios, no perdamos de vista que Sun Tzu nos decía que “todo arte de la guerra se basa en el engaño” y en apoyo a esos ucranianos civiles y de uniforme que luchan con coraje para defender aquello que les es propio, una frase del mismo maestro que nos dice “debemos fingir debilidad para que el enemigo se pierda en su arrogancia”.